

PABLO GERCHUNOFF

# LA DEMORA Y LA PRISA

Historia de los (des)equilibrios sociales  
argentinos



edhasa

## Índice

Prólogo.....	13
La demora y la prisa .....	19
La pregunta británica .....	77
El imperio de la contingencia .....	101
Desencuentros de los argentinos con su moneda (con Francisco M. Olivero).....	119

## Prólogo

Cuando el título de un libro de no ficción —en este caso, de historia— debe ser explicado, el libro arrastra un problema de origen. Y hay un doble problema cuando también debe ser explicado el subtítulo. Y bien, este es mi caso: tengo un doble problema y escribo este prólogo para mitigarlo.

En el proceso de mitigación voy a comenzar por el subtítulo porque la palabra “equilibrio” siempre me resultó perturbadora. Me formé como economista y, en las controversias universitarias, con el tiempo, me persuadieron los críticos de la dominante teoría del equilibrio general. Los voy a mencionar —no es una lista exhaustiva— por la vibración que me provocaron esas lecturas juveniles: Joan Robinson en su *Economic Philosophy* de 1962, Nicholas Kaldor en su *Causes of the Slow Rate of Economic Growth of the United Kingdom* de 1966, John Maynard Keynes en su *The General Theory of Employment, Interest and Money* de 1936, Joseph Schumpeter en su *Capitalism, Socialism and Democracy* de 1942, Thorstein Veblen en su *The Theory of the Leisure Class* de 1899, y más tarde Hyman Minsky, Axel Leijonhufvud, Robert Clower, Daniel Heymann. Lo que todos ellos en conjunto me sugerían era que no existía el equilibrio general como armonía universal, y que si por casualidad pasábamos por el entorno de un punto de equilibrio ni siquiera nos íbamos a dar cuenta.

En algún momento se me ocurrió una idea sencilla: consultar, con mi habitual desconfianza hacia la añeja institución, a la Real Academia Española: ¿qué quería decir “equilibrio”? No recuerdo qué respuesta encontré entonces, pero a propósito de este libro volví a consultarla y quedé perplejo. Me contestó que “equilibrio” [¿social, podríamos decir?] es “el estado de un cuerpo cuando fuerzas encontradas que obran en él se compensan destruyéndose [¿anulándose?] mutuamente”. Y en una segunda acepción: “situación de un cuerpo que, a pesar de tener poca base de sustentación, se mantiene sin caerse”. La Real Academia me estaba diciendo que el equilibrio era en realidad un

desequilibrio, o en todo caso que el equilibrio era intrínsecamente inestable y podía convertirse de un momento a otro en un desequilibrio. En otras palabras, no me sugería armonía universal garantizada por el funcionamiento de mercados no distorsionados, sino conflicto, tensiones, empate, fragilidad, expectativas realizadas o frustradas, crisis políticas. De modo que me sentí cómodo con el subtítulo. Y me sentí así porque, adicionalmente, me abría la puerta a mi deporte favorito: cruzar fronteras entre las disciplinas sociales. En 1981, Albert Hirschman escribió *Essays in Trespassing: Economics to Politics and Beyond*. Hace 45 años que cargo conceptualmente con ese libro.

Vamos ahora al título, *La demora y la prisa*, el yin y el yang de los tiempos históricos, el antagonismo y su inevitabilidad, referidos aquí a la cuestión del progreso material de la Argentina. El título contiene dos interrogantes: ¿demora y prisa respecto a quién o a quiénes?; ¿demora y prisa como datos objetivos o como percepciones de los actores? No estoy en condiciones de ofrecer una respuesta a la segunda pregunta. Creo que a lo largo del primer ensayo, cuyo sentido se derrama crucialmente sobre los siguientes tres, estoy refiriéndome por momentos a los datos objetivos que pueden ser transmitidos (aunque no lo hago) a través de cuadros, gráficos, regresiones, por momentos a las percepciones, varias veces a ambos. El lector se pronunciará.

En cambio, hay algo que decir sobre el complicado problema de la referencia comparativa. La Argentina es una nación hispanoamericana (o latinoamericana) en clave de su historia política y en buena medida también en clave de su historia económica, en el pasado y en el presente. Pero en la clave más abstracta del análisis económico –concentrándose en el litoral fértil– la mirada se reorienta a la “dotación de factores”, y entonces la Argentina fue y es dos países: la Argentina hispanoamericana por un lado, y por otro la Argentina prima hermana de “las economías de frontera” alejadas de una Europa que para principios del siglo XIX ya no tenía espacios vacíos desde hacía largo tiempo. ¿Quiénes son los primos en este segundo caso? Aquellos que en el origen tuvieron escasez de mano de obra –que suplieron con inmigración masiva– y abundancia de tierra, el selecto grupo conformado por los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, sin duda una vara muy alta. Un mundo ideal para pertenecer a él.

No me resulta posible abordar la cuestión de la demora productiva argentina y de la prisa por recuperar el tiempo perdido –repetido ese ciclo

una y otra vez— si dejó en la oscuridad una de las dos caras. Cada cara no es un país en eterno combate contra el otro. Hay una personalidad argentina que necesita de ambas para ser explicada. La cara hispanoamericana fue la que predominó entre la independencia y el roquismo, la de la herencia de las instituciones coloniales, la de la pérdida de la minería del Potosí, la de las extensas guerras civiles, la de la disciplina autoritaria de Rosas (que para algunos contemporáneos forjó la esperanza del progreso material), la del bloqueo francés y el bloqueo anglo-francés, la de la breve “secesión” entre la Confederación y la provincia de Buenos Aires, la del federalismo desigual combinado con el senado igualador surgido de la Constitución de 1853, la de la guerra de la Triple Alianza, la de la batalla por la capital una vez que se conformó la República Unificada.

A trazos gruesos, nada era muy distinto a lo que estaba ocurriendo en la vecindad, como se puede inspeccionar, por ejemplo, en dos grandes libros: *Economía y Sociedad*,<sup>1</sup> de Tulio Halperin Donghi, e *Historia mínima de la deuda externa en América Latina*, de Carlos Marichal Salinas.<sup>2</sup> Y nada era muy distinto porque al sur del río Bravo todas las historias podían expresarse, aun en su indiscutible diversidad, en unas pocas palabras: accidentada y a veces fallida marcha hacia la construcción de Estados nacionales, búsqueda de una conexión sólida con el capitalismo industrial emergente. Ambas cosas. Y ambas difíciles.

Después de 1880, capturando políticamente las oportunidades tecnológicas que venían del mundo, la clase dirigente argentina se encontró con la conexión buscada y, por lo tanto, con la velocidad de un crecimiento fundado en la productividad agraria, que se percibió como imbatible aunque algunos pocos hombres lo juzgaron peligroso, precisamente por su velocidad. Los descomunales números de la inmigración, el comercio y las inversiones invitaron al sueño presuroso de la gran nación del sur, sueño que se materializó en una profunda transformación del país, un nuevo país que se montaba sobre el viejo, sembrando un optimismo no poco arrogante. El escudo podía haber rezado “prosperidad e imprudencia” (“desorden y progreso”). El protagonista político central de la larga prisa reparadora fue Julio Argentino Roca. Sus predecesores intelectuales y políticos fueron, entre otros, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Dorrego. Todos ellos posaron sus miradas sobre la vitalidad de los Estados Unidos, pasados los años, también sobre Australia. Culturalmente, algunos de ellos lo harían sobre Europa.

América Latina quedaba fuera de foco. Se trataba de un entendible *bias for hope*, pero hay que advertir que la esperanza no era compartida por todos. Tomamos en este libro a Alejandro Bunge como ejemplo de un pensador que desde la segunda década del siglo XX alertó sobre lo que él percibía como el “agotamiento” del patrón de crecimiento que había transformado a la nación, y a Juan Álvarez como aquel otro que, para la misma época, denunció malformaciones difíciles de revertir durante la larga prisa.

Fue lo que nació en 1880 una ventana de medio siglo en una Argentina que ha cumplido 215 años. Lo que para una mayoría era indestructible, se quebró en 1930, al mismo tiempo que se quebraba la primera experiencia democrática. Se ingresó entonces en una etapa de demoras largas y sueños breves teñidos por una prisa no del todo infructuosa, y la nación se volcó hacia su mercado interno como precario pero inevitable relevo de la demanda mundial (a eso se le llamó industrialización sustitutiva de importaciones). ¿Se quebró el sueño por torpezas propias o por la tormenta del mundo? Hoy está de moda la primera respuesta, pero en el relato desapasionado de larga duración es imposible no considerar que la bonanza estuvo asentada sobre una excepcionalidad internacional (sobre todo, británica) que en cualquier momento podía desaparecer y que tornaba frágiles sus cimientos.

Cuando en efecto desapareció, la historia volvió a impregnarse de rasgos latinoamericanos. Brasil, la nueva estrella, comenzó a poblar las páginas de los diarios por su sorprendente pujanza, y eso fue motivo de recelos en buena parte de la clase dirigente argentina. Pocos narraron tan bien ese período entre 1930 y 1970 —Juan Domingo Perón y la industrialización protegida con pretensiones justicieras en el centro de la escena— como Carlos Díaz Alejandro en sus *Ensayos sobre la historia económica argentina*.<sup>3</sup> Nadie, en cambio, ha resuelto definitivamente el acertijo que vino después, medio siglo simétrico al que culminó en 1930, con políticas que oscilaron rítmicamente entre la globalización financiera y comercial y la autonomía nacional-popular, entre individualismo y comunidad organizada, un empate intelectual y político. Solo diremos que el regreso nítido a una demora inquietante, esta vez perdiendo posiciones al interior de América Latina (eso sí que fue una sorpresa) ocurrió durante la década previa a 2023, el momento exacto en que un nuevo liderazgo propuso una revolución económica cuyo destino todavía está por verse.

*La demora y la prisa* es el título de este libro y también el tema de su primer ensayo. Ya he dicho que sus ideas básicas permean al conjunto. Los tres ensayos siguientes son desarrollos de artículos cortos previos, combinaciones de corrientes inerciales (en las que el pasado persiste en su dominancia como factor explicativo del presente) y de contingencias muy argentinas (en las que una voluntad política inesperada o un elemento externo cambian la historia). El segundo y el tercero expanden un texto publicado en la revista *Nuevos Papeles* el 13 de septiembre de 2023. El cuarto, escrito ahora en colaboración con Francisco Olivero, dedicado a la cuestión monetaria y su vínculo con el mundo productivo, amplía un texto publicado en la revista *Panamá* el 2 de noviembre de 2020.

Vamos, entonces, a las cosas.

## Notas

<sup>1</sup> Halperin Donghi, T. (1991). *Economía y sociedad*. En L. Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America* (Vol. III: From Independence to c. 1870, trad. A. Solà). Editorial Crítica. (Trabajo original publicado en 1985).

<sup>2</sup> Salinas, C. M. (2014). *Historia mínima de la deuda externa de Latinoamérica, 1820-2010*. El Colegio de México AC.

<sup>3</sup> Alejandro, C. F. D. (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Amorrortu.

## La demora y la prisa

“La demora es una deuda. La prisa  
es la compulsión a pagarla”

La frase que opera como acápite, repetida con frecuencia a mis alumnos, nos acerca al sentido del ensayo. Podemos ilustrar ese sentido con un temprano episodio menor. La Buenos Aires de mayo de 1810 estaba atravesada por los vientos de autonomía, quizás inadvertidamente sembrados mucho antes por las reformas borbónicas, y en tiempos más cercanos por la invasión francesa a España, el desplazamiento de Fernando VII y el entronamiento de José Bonaparte. Al sudoeste del océano Atlántico, todo ello fue percibido por las élites criollas como una liberación y, primordialmente, como una oportunidad de autogobierno. En junio de 1810 se fundaría la *Gazeta de Buenos-Ayres*, la herramienta ideada por los revolucionarios para difundir en las ciudades y en los pueblos de las provincias las buenas nuevas (aunque pronto se revelaría que no todos las consideraban buenas).

Un traductor, que quizás haya sido el propio Mariano Moreno, hizo posible que se publicara una parte de un libro, *Del Contrato Social, o principios del derecho político*, según informaba la tapa escrito por el ciudadano de Ginebra Juan Jacobo Rosseau [sic], “reimpreso... para instrucción de los jóvenes americanos”. El prólogo sí fue, sin duda, obra de Moreno, convencido, como estaba, de que la letra escrita podía cambiar al mundo. En el párrafo final puede leerse: “Como el autor tuvo la desgracia de delirar en materias religiosas, suprimo el capítulo y los principales pasajes donde ha tratado de ellas. He anticipado la publicación de la mitad del libro, porque precisando la escasez de la imprenta a una lentitud irremediable, podrá instruirse el pueblo en los preceptos de la parte publicada, entre tanto que

se trabaja la impresión de lo que resta. ¡Feliz la patria si sus hijos saben aprovecharse de tan importantes lecciones!”.

La demora de la desvencijada Real Imprenta de Niños Expósitos; la prisa del revolucionario por transmitir las ideas transformadoras que —él creía— abrirían el cauce para edificar un equilibrio social, político, económico, sepultando al viejo régimen antiliberal y paralizante. El choque entre esa demora y esa prisa es una alegoría de lo que sigue: la demora y la prisa como una atalaya conceptual desde la cual observar la historia argentina.

## Siete estaciones del equilibrio social argentino

¿Qué es el equilibrio social, según estas páginas? Es algo mucho menos ambicioso que el contrato de Rousseau o, me desdigo, quizás demasiado ambicioso para al estado inicial de estas tierras, social y culturalmente fracturadas, imposibilitadas de incorporar siquiera la idea de contrato. Probemos, entonces, en línea con el prólogo, con una definición adaptada a la larga historia que vamos a narrar e interpretar: equilibrio social es la materialización de una aspiración colectivamente compartida de convivencia (o impuesta pero finalmente aceptada) en el seno de una sociedad que, porque es diversa y cambiante, también cambia ese equilibrio a lo largo de la historia, y como a veces no consigue establecerlo y se convierte en pura virtualidad, cada tanto lo pierde. En diciembre de 1951, durante uno de esos momentos de cambio, Juan Domingo Perón usó un término parecido, “el equilibrio económico del pueblo”, para transmitirle a la sociedad que había que superar con sacrificios una crisis económica, pero que después asomaría una nueva aurora productiva y salarial, una nueva normalidad, un nuevo equilibrio después de que aquel otro que él edificara se había perdido.

Vamos a proponer para la Argentina siete estaciones del equilibrio social a lo largo de 213 años (nuestra historia termina en 2023). La primera estación fue la del *equilibrio criollo* en una economía todavía primitiva y semiestancada, con población escasa y tierra abundante y potencialmente fértil en el litoral de la cuenca del Plata, con población más abundante y tierra más escasa y menos generosa en el resto del territorio. Se trataba de una Argentina que en su nacimiento como proyecto de nación perdió